

# Paul Litauszky en el Gulag

Un sariñenense en el infierno comunista

por Salvador Trallero

Junio de 2012

El siglo XX ha sido sin duda el peor (hasta la fecha) en cuanto a la despreciable tradición humana de destrucción mutua. Las dos guerras mundiales acabaron con la vida de varios millones de combatientes, más varios millones de civiles, más varios millones de personas exterminadas. Así, somos los lobos humanos. Dentro de toda esta desgracia, cabe destacar por su crueldad planificada y planteamiento brutal la historia de los campos de concentración y exterminio. Fue en la Rusia bolchevique donde comienza nuestro artículo; allí, las prisiones del imperio de los zares no fueron clausuradas tras la Revolución de octubre de 1917 de los soviets y la posterior guerra civil, si no que tras alcanzar éstos el poder se incrementaron y multiplicaron. Se creó con el paso de los años todo un entramado de miles de centros y campos de trabajo e internamiento: el *Gulag* (Glávnoye Upravlenie Laguerèi; Dirección General de Campos Penitenciarios). Comenzaría la denominada época del Terror Rojo; un estado policiaco perfectamente estructurado donde se cerraron los periódicos independientes y una opinión diferente a la “oficial” significaba la detención inmediata; como había dicho Lenin: *Todos los individuos sospechosos de sabotaje, especulación y oportunismo podrán ser detenidos inmediatamente*. Hacia el Gulag, millones de personas comenzarían a fluir por el simple hecho de pensar diferente o de caer bajo la sospecha del poder político soviético. Ese flujo continuo e ininterrumpido de ciudadanos del campo y las ciudades, de las estepas, montañas, costas, llanuras... se llegó a conocer por su magnitud como “riadas”, que se sucedieron a lo largo de los años 20, 30, 40, 50... En la década de 1920, millones de campesinos (kulaks) fueron llevados a Siberia; en esa década se impuso por ley el ateísmo: *Toda idea religiosa es una abyección indescriptible, de la especie más peligrosa; hay millones de pecados que son menos peligrosos que la sutil y espiritual idea de Dios*. Toda persona que practicara cualquier clase de culto era llevada a Siberia: Cristianos, espiritistas, ortodoxos, musulmanes, místicos, budistas... por ser religioso la condena era de diez años de cautiverio; los que le costaron a la poetisa Tania Jodkevich por sus versos: *Puedes rezar libremente, pero... que sólo te oiga Dios*.

Etnias diferentes serían obligadas a dejar sus territorios ancestrales y trasladadas a miles a otras partes de Rusia, como los chechenos, uzbekos, kazakos, tayikos, estonios, ucranianos... También irían los mandos del Ejército Rojo, detenidos y fusilados a miles en los años 1935, 1937 o 1945. Tampoco se librarían los soldados que combatieron en el frente contra los nazis: *A los soldados los condenaban a sólo diez años simplemente por haber caído prisioneros de los alemanes; aunque el código de Stalin marcaba que debían ser fusilados uno a uno a medida que iban volviendo a la patria*.

Todos los que habían estado en Europa eran condenados, pues habían visto y conocido un trocito de vida europea y podían hablar de ella. El que volvía tenía que contar que en Europa todo andaba mal y allí no se podía vivir. Muchos soldados que lucharon en la Guerra Civil Española o la II Guerra Mundial, fueron llevados al Gulag o fusilados. También los miembros del Partido caían bajo sospecha de conspiración, y probarían un poco de sus propios métodos; o los comerciantes y pequeños, medianos y grandes empresarios. Por supuesto los rusos que colaboraron con los alemanes contra el stalinismo; un proceso muy desconocido todavía hoy en día y que tuvo como máximo exponente al general Andreí Vlásov, que ofreció a los alemanes su apoyo a cambio de que tras la victoria hubiera una Rusia independiente. Miles de rusos se apuntaron en el

Ejército Libre de Rusia, pues había algo a lo que temían más que a los alemanes; a los rusos comunistas. Derrotada la Alemania nazi y sus aliados, la influencia de la Rusia stalinista se extendió por toda la Europa del este, un Telón de Acero había caído sobre millones de personas que irían llenando los miles de trenes que partían incesantes con destino al horror del Gulag. Las consignas de Lenin se cumplirían al pie de la letra ... *todos los elementos que no son comunistas ni pueden ser por su formación y mentalidad hay que eliminarlos, matarlos a todos; ésta es la orden.* Y Stalin puso en práctica la orden que cayó sobre millones de ciudadanos, pues tuvo algo fundamental de lo que no dispuso Hitler: Tiempo. Por supuesto no hay datos precisos, pero se calcula que pasaron por el Gulag más de 30 millones de personas, muriendo varios millones de ellas.

**Paul Litauszky** nació en Szarvas, localidad húngara de quince mil habitantes, situada en el sureste del país y de economía fundamentalmente agrícola. Amante del deporte, había sido campeón de Hungría en lanzamiento de peso y de disco en su juventud. Alistado por su quinta en el ejército húngaro, al estallido en 1939 de la II Guerra Mundial contaba con veintiún años. Hungría sería uno de los aliados de la Alemania nazi, y la división de Paul fue trasladada a Rusia, en su camino realizarán un alto durante varios días en Chepetovka, en Ucrania, antiguo centro del KGB y policía secreta soviética, donde conocerían la existencia en el lugar de varias fosas comunes con más de cinco mil cadáveres. Combatirá en el frente ruso *...lo peor del frente era el frío, más incluso que el enemigo;* la división de Paul se fue retirando conforme los rusos avanzaban en Ucrania, Polonia, Eslovaquia y su país natal; Hungría. Más de quinientos mil soldados húngaros lucharon contra el comunismo de Stalin hasta el final de la guerra el 8 de mayo de 1945. Derrotada la alianza del Eje, Paul pasará por su primer campo de prisioneros. Sin comida, sin asistencia médica ni condiciones higiénicas... de ciento diez kilos de peso llegará a perder varias decenas. Pero su terrible experiencia no había hecho más que empezar, pues tras tres meses de cautiverio, su destino empeoraría, siendo trasladado a Vorkutá, uno de los miles de campos del Gulag soviético, y de los más tristemente famosos, pues Vorkutá es para un ruso lo que Dachau o Auschwitz para un judío.

Un día cualquiera del verano de 1945 Paul y miles de sus compañeros fueron embarcados a culatazos en un tren de transporte de ganado. Más de setenta personas por vagón apretujadas de pie, sin alimentos, sin higiene, sin agua, con un agujero en uno de los rincones del vagón para sus necesidades... Para dormir por la noche a veces se turnaban acostándose en el suelo de tablas de madera, pero algunos, al estar tan delgados, los huesos del costado se les clavaban en la carne por el movimiento del tren, llegando a producirles moratones y heridas sangrantes. Otras veces simplemente dormían amontonados unos con otros; vivos y muertos. De vuelta al tren, en el resto de recorrido el convoy parará en algunas estaciones sin permitir salir de los vagones a los prisioneros. A pesar de esto intentarán comunicarse con el exterior; algunos de ellos conservaban milagrosamente algunos pequeños trozos de papel sucios y arrugados; otros llevaban un pedazo de mina de lápiz, con un centímetro bastaba; y escribiendo algún mensaje con fecha y nombres, los dejaban caer fuera por las rendijas de las tablas del vagón. Quizás se quedarían sucios en el suelo hasta descomponerse, quizás la lluvia o la nieve los mojara y destruyera pronto, quizás llevados por el viento hasta no se sabe donde llegarían a manos de alguna persona, que a riesgo de ser denunciado hiciera llegar al destinatario la nota. Pero no era fácil; los soldados de guardia en las estaciones impedían que nadie se acercara a recoger los papeles, incluso disparando a matar. El tren traquetea y avanza sin prisa alguna. Ha corrido la voz sobre su destino: Rusia. Durante dos meses recorrerán miles de kilómetros de la estepa hasta el Círculo Polar

Ártico, hasta Siberia. El convoy se detiene en Vorkutá, y fueron afortunados de llegar, pues en los trayectos de largo recorrido nadie sabía si iba a llegar vivo; fueron miles los que perecieron por las condiciones del transporte antes de arribar a su destino. En 1942, en la estación de Solikamsk, un convoy procedente de Leningrado se descargó; había miles de cadáveres y sólo unos pocos prisioneros llegaron vivos. En los inviernos de 1944-1945-1946 los convoyes procedentes de los países "liberados" iban sin estufa y llegaban a los nudos ferroviarios desde Izhma a Vorkutá con varios cientos de cadáveres. Los muertos se iban poniendo todos en un mismo vagón. En otros traslados, hasta que no se abrían las puertas de los vagones no se sabía cuantos habían muerto. Al menos había un campo para recibir a Paul:

*...estación de Ertsevo, febrero de 1938, abren los vagones en plena noche. Se encienden hogueras a lo largo del tren para la descarga, formación y recuento. Temperatura: treinta y dos grados bajo cero. La carga viene de la cuenca del Donets, los presos han sido detenidos en verano y calzan zapatos o sandalias. La nieve se introduce en su calzado y ni siquiera se funde. Algunos se acercan hasta las hogueras para entrar en calor, pero los echan de allí, pues las fogatas son para dar luz, no para calentarse. Se forma la columna para el traslado, un paso a la derecha o a la izquierda y la escolta disparará sin aviso. Los perros ladran, los guardias gritan, ¡En marcha! la columna se pone en movimiento. No hay luces, no hay vegetación, no hay piedras, no hay nada... Los primeros avanzan abriendo un sendero por la nieve virgen que nadie ha pisado nunca, avanzan en la oscuridad, avanzan por la taiga... al llegar a un páramo desértico sin ningún signo de vida les dijeron: ¡Alto! ¡Hemos llegado! ¡ En este lugar construiréis el ferrocarril Kotlás-Vorkutá ¡*

Para Paul y sus miles de compañeros, lo primero al llegar a Vorkutá es el recuento; a temperatura bajo cero, de allí son llevados a las duchas, no hay agua caliente claro, después recuento de nuevo y distribución en los barracones. El Gulag rodea en un gélido abrazo a sus miles de inquilinos que lucharán por sobrevivir cada día. La suciedad por todos los rincones, la Babel de lenguas, los chinches y piojos, el hambre a todas horas, los enfrentamientos entre presos, los recuentos nocturnos bajo el frío helador o la lluvia glacial, los más de cien muertos diarios... *pasaban listas a fin de mes, faltaban tres mil o cuatro mil y no pasaba nada, había más de cien mil personas en Vorkutá. Moríamos como bestias...*; las letrinas apestosas, los barracones repletos que tenían solo una estufa para dar calor por la noche, la comida en mal estado, con el Borsch, una sopa de carne, remolacha y mazorcas enteras molidas como plato principal dos veces al día y cuatrocientos gramos diarios de un pan negro, la vigilancia de los guardias y los castigos, la nula higiene con una ducha de agua helada a la semana, la vestimenta que llevaban como única posesión, la construcción a 35° bajo cero del ferrocarril Vorkutá- Kotlás que nunca llegó a ponerse en funcionamiento, los fusilamientos por sorpresa, el penoso trabajo al que negarse a ir acarrea el fusilamiento directo, el conocer la existencia de más de mil fosas comunes con cientos de miles de muertos; y sobre todo el frío, en invierno y verano; *...el frío era terrible, lo peor...* a temperaturas extremas, el aliento se congela en diminutos cristales que caen por su propio peso, haciendo un tintineo al chocar contra el suelo, que se denominaba en el Gulag "el susurro de las estrellas". Los prisioneros que no morían en unos pocos días, solían aguantar de media dos años. Y cuando ya casi no queda esperanza, la suerte puede llegar de repente. Así le sucedió a Paul, pues se celebraron elecciones en 1946 en Hungría y para apoyar al Partido Comunista Húngaro y como gesto de "buena voluntad", las autoridades soviéticas liberaron a unas veinticinco mil personas de aquella nacionalidad. Vuelta a los trenes. Al llegar a Hungría la mayoría no tenían fuerzas para andar y se apoyaban los unos en los otros como muertos vivientes. Paul

tenía el tifus y los médicos deciden que no vale la pena ni ingresarlo en el hospital; *...estás terminal, quédate en casa...* Su familia lo cuidará intensivamente; su alimentación será de leche o papillas, pues no podía ingerir nada sólido al estar sus intestinos en tan mal estado que los desgarraban los alimentos sólidos. Pero su naturaleza es fuerte, y fuera del Gulag se va recuperando poco a poco. Con secuelas pero ya recuperado, comienza el trabajo en el campo, y con sus tres hermanos y resto de familia son pioneros en el cultivo de arroz en Hungría, conociendo un periodo próspero. Pero en 1949 el Partido Comunista Húngaro proclama la obligatoriedad del Soljos (propiedad colectiva estatal) y del Koljos (cooperativa particular en colectividad); por lo que la propiedad privada desaparece pasando todas las posesiones a la colectividad: El dinero, la maquinaria, animales de labor, tierras, cualquier objeto de valor... Se creó el delito de especulación, basado en un decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo firmado por Lenin el 22 de julio de 1918: *Los culpables de vender, comprar o almacenar con miras comerciales productos alimenticios sufrirán privación de libertad por un plazo no inferior a 10 años, acompañada de los más rigurosos trabajos forzados y de la confiscación de todos sus bienes.* Tenía la familia dos trilladoras y dos tractores nuevos, haciendo algún trabajo para particulares y cobrando en dinero o mercancía que entregaban a la colectividad, aunque una parte se la reservaban para ellos. En 1950 son delatados por un intermediario, que les exigía cada vez más dinero por su silencio, y la policía con varios comisarios políticos llegan a buscarlos. Sus dos hermanos son capturados, pero Paul es avisado antes de llegar a su casa y logra escapar. Escondido de día para evitar ser denunciado y caminando de noche, así pasarán varias semanas hasta que llega a la frontera con la Europa Occidental; el Telón de Acero existía; alambradas, bunkers, patrullas cada media hora, perros guardianes, disparos a matar... Logrará pasar la frontera entre Hungría y Austria, siendo detenido por soldados ingleses que lo interrogarán y tras ser acogido como refugiado político podrá moverse libremente. Pasó a Francia, de allí al Marruecos Francés donde permanecerá diez años en las zonas de Betenitra, cerca de Rabat, y río Sedú, cerca de Casablanca, haciendo una de las cosas que mejor sabía; cultivar arroz. Sin dinero ni tierra, comenzó de nuevo. Haciendo bien las cosas, en tres años tiene arrendadas varios miles de hectáreas de tierra que cultiva con la ayuda de jornaleros. La revolución húngara de 1956 es seguida a través de la radio con esperanza por Paul, que se acabará con la entrada de los carros de combate soviéticos en Budapest. Su buena racha en Marruecos se cortará cuando comienzan los movimientos independentistas en las colonias francesas de África; se despierta el odio contra los europeos, estallando motines violentos donde son asesinados decenas de franceses. En 1960 deja Marruecos, dejando todo atrás y se traslada a España, a Mallorca, donde comenzará de nuevo con el cultivo del arroz; con mil quinientas hectáreas alquiladas intentando desecar varias de ellas para que fueran cultivables, en la zona de la bahía de Alcudia. Pero son los años donde el gobierno balear comienza su apuesta por el turismo, y los arrozales eran negativos para ello; por lo que es "invitado" a dejar todo sin recibir ninguna compensación a cambio, a pesar de la inversión que había realizado.

*Traje cinco millones de pesetas de mi trabajo, y aquí me han limpiado todo; España fue una decepción, un país muy materialista... si tienes dinero eres alguien, si no tienes eres nadie. Uno de los que decidieron echarme tomaba café con Franco todos los días; ya se murió, ¡que se pudra ahí donde esté, joder!*

Allí en Mallorca conoció a la que sería su esposa, Katy Riera, y juntos llegaron a Sariñena en 1971, sin dinero de nuevo, pero con ganas de emprender y comenzar una nueva vida. Aquí sigue hoy, con su esposa, hijos y nietos, luchando y trabajando en el campo cada día, reflexionando sobre la indiferencia y pasotismo de muchas personas

ante las lecciones de la Historia, siendo consciente de la suerte que tuvo de salir vivo del Gulag y dejándonos aquí su testimonio para que sea conocido por generaciones venideras. *He vivido todo y demasiado; ya no me importa nada que el mundo entero se hunda. Quizá llegará esto un día; el egoísmo, el materialismo, por el dinero la gente es capaz de todo y eso no debería ser así...*

Paul Litausky es la viva historia del siglo XX, una época de dictadores, de tiranías injustificables, que exterminaron con unas directrices muy claras a cualquier persona que pensara diferente. Este artículo es un recuerdo hacia todas las víctimas del totalitarismo; y quiere recordar que hoy y siempre la Democracia hay que defenderla cada día.

Salvador Trallero es pastelero, escritor y editor. Recibió el "Premio al mejor libro editado en Aragón en el año 2006" por su obra *Alas Rojas Sariñena*.